

XV

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO BARRERA"
Año. 1825 MONTERREY, MEXICO

Un viernes, madame Paloque, que entraba en San Saturnino, se quedó muda de sorpresa al ver a Marta arrodillada delante de la capilla de San Miguel. El Padre Faujas confesaba.

—¡Toma!—pensó.—¿Habría acabado por conmover el corazón del cura? Es preciso que me quede. Si viniera madame de Condamin, tendría mucha gracia.

Tomó una silla, un poco más atrás, arrodillándose a medias, con el rostro entre las manos, como absorta en ferviente plegaria; separó los dedos y miró. La iglesia estaba muy sombría. Marta, caída la cabeza sobre su libro de misa, parecía dormir; formaba una masa negra sobre la blancura de uno de los pilares; y de todo su ser sólo su seno vivía, levantado por hondos suspiros. Estaba tan profundamente abatida, que dejaba que le pasara la vez, a cada nueva penitente que despachaba el Padre Faujas. Este esperaba un minuto, se impacientaba, daba unos golpecitos secos en la madera del confesonario. Entonces, una de las mujeres que allí se hallaban, al ver que Marta no se movía,

tomaba su puesto. La capilla se vaciaba y Marta permanecía inmóvil y como en éxtasis.

—Bien prendada está, bien—se dijo la Paloque.
—Es indecente el exhibirse de ese modo en la iglesia. ¡Ah! Ahí está madame de Condamin.

En efecto, madame de Condamin entraba. Detuvo un instante ante la pila de agua bendita, quitándose el guante y persignándose con gracioso ademán. Su traje de seda crujió entre el estrecho camino abierto entre las sillas. Cuando se arrodilló, llenó la elevada vóveda con el estremecimiento de su falda. Conservaba su aire afable, sonriendo a las tinieblas de la iglesia. No tardaron en quedar sólo ella y Marta. El cura se incomodaba, golpeando más fuerte la madera del confesonario.

—Señora, a usted le toca, yo soy la última—murmuró amablemente madame de Condamin inclinándose hacia Marta, a quien no había conocido.

Marta volvió el rostro, un rostro en extremo adelgazado, pálido con emoción extraordinaria; pareció no comprender. Salía como de un sueño extático, latiéndole los párpados.

—Bueno, señoras...—dijo el cura, que entreabrió la puerta del confesonario.

Madame de Condamin se levantó, sonriente, obedeciendo a la llamada del cura. Pero, al conocerla, Marta, entró bruscamente en la capilla; después, cayó de nuevo de rodillas, y se quedó allí, a pocos pasos.

La Paloque se divertía mucho; esperaba que las dos mujeres se agarrasen del moño. Marta debía de oírlo todo, porque madame de Condamin tenía voz de flauta; chismorreaba sus pecados, pues le gustaba el confesonario como un delicioso comadrazgo. Llegó un momento en que soltó una risita, una risita ahogada, que hizo alzar a Marta

el rostro de sufrimiento. Por otro lado, acabó pronto. Se iba, pero volvió, encorvándose y hablando sin cesar, pero sin arrodillarse.

—Esa gran diablesa se burla de madame Mouret y del cura—pensaba la mujer del juez.—Es demasiado astuta para perturbar su propia existencia.

Por fin, madame de Condamin se retiró. Marta la siguió con los ojos, como si esperase a que no estuviera allí. Entonces se apoyó en el confesonario, dejándose caer y golpeando rudamente la madera con las rodillas. Madame Paloque se había acercado, alargando el cuello; pero no vió más que el obscuro traje de la penitente, que se desbordaba ensanchándose. Por espacio de cerca de media hora, nada se movió. Por un momento, creyó la del juez sorprender ahogados sollozos en el tembloroso silencio, entrecortados a veces por un crujido seco del confesonario. Aquel espionaje acabó por aburrirla; no se quedaba más que para ver a Marta cuando saliese.

El Padre Faujas fué el primero en dejar el confesonario, cerrando la puerta con irritada mano. Madame Mouret permaneció algún tiempo aún, inmóvil, encorvada, en la estrecha caja. Cuando se retiró con el velo echado, parecía anonadada. Se le olvidó persignarse.

—Riña tenemos; el Padre no debe de ser bondadoso—murmuró la Paloque, que la siguió hasta la plaza del Arzobispado.

Allí se detuvo, vaciló un instante; después, segura de que nadie la espiaba, se coló furtivamente en la casa en que vivía el Padre Fénil, en una de las esquinas de la plaza.

Marta, a la sazón, vivía en San Saturnino. Cumplía sus deberes religiosos con gran fervor. El mismo Padre Faujas la reñía a veces por la pasión

con que practicaba. No le permitía comulgar más que una vez al mes; regulaba sus horas de ejercicios piadosos, y exigía de ella que no se encerrase en la devoción. La dama le había suplicado mucho tiempo antes que le concediese ir cada mañana a misa. Un día, cuando ella le refería que se había acostado una hora en el helado suelo de su alcoba, para castigarse por una falta, el cura se encolerizó, y le dijo que sólo el confesor tenía derecho a imponer penitencias. La llevaba con gran dureza y la amenazaba con mandarla otra vez al Padre Bourrette si no se humillaba.

—Hice mal en aceptarla a usted—repetía a menudo.—No quiero más que almas obedientes.

Marta se sentía feliz con estos golpes. La mano de hierro que la doblaba, la mano que la retenía al borde de aquella adoración continua en cuyo fondo habría querido anonadarse, la espoleaba con un deseo siempre creciente. Continuaba neófita, y no bajaba sino poco a poco al amor, detenida bruscamente, adivinando otras profundidades, con el arrebató de aquel lento viaje hacia unas alegrías que ignoraba. Aquel gran reposo que antes había notado en la iglesia, aquel olvido de lo exterior y de sí misma, se trocaba en una potencia activa, en una dicha que evocaba, que palpaba. Era la dicha cuyo deseo había sentido vagamente desde su juventud, y que por fin hallaba a los cuarenta años; una dicha que le bastaba, que la inundaba de sus hermosos años muertos, que la hacía vivir como egoísta, dedicada a todas las sensaciones nuevas que se despertaban en ella como caricias.

—Sea usted bueno—decía al Padre Faujas.—Sea usted bueno, porque yo necesito bondad.

Y cuando era bueno, Marta le habría dado gracias de rodillas. Entonces él se mostraba dúctil, le

hablaba paternalmente, le explicaba que era demasiado viva de imaginación. Dios, decía, no quiere que se le adore de esa manera. Ella sonreía, y se tornaba hermosa, joven y ruborizada. Prometía ser buena. Después, en cualquier negro rincón, tenía arranques de fe que la agoviaban; no estaba ya arrodillada, sino que resbalaba, casi sentándose en el suelo, balbuceando ardientes palabras; y cuando las palabras expiraban, continuaba la plegaria con un impulso de todo su ser, con una llamada a aquel beso divino que pasaba por cima de sus cabellos, sin posarse nunca.

Marta, en su casa, se volvió regañona. Hasta entonces se había mostrado indiferente, cansada, feliz cuando su marido la dejaba en paz; pero desde que Mouret pasaba los días en casa, perdida ya su burlona charla, adelgazando y tornándose amarillo, llegaba a desesperarla.

—Siempre le tenemos entre las faldas—decía a la cocinera.

—¡Caramba! Es por maldad—respondía ésta.—En el fondo no es bueno. Y no es hoy cuando lo veo. Lo mismo que ese aire solapado que toma, él, a quien tanto le gusta charlar. ¿Cree usted que no está representando una comedia para darnos lástima? Está rabiando por reñir, pero se mantiene en sus trece, para que le compadezcamos y hagamos su voluntad. Vaya, señora, que hace usted muy bien en no hacer caso de esos fingimientos.

Mouret ataba corto a las dos mujeres en la cuestión del dinero. No quería disputar, por temor a perturbar más aún su vida. Pero si ya no reñía, chillando y pataleando, aun se vengaba de las tristezas que le asaltaban negando a Marta o a Rosa una moneda de cinco francos. Cien francos

mensuales daba a la cocinera para la comida; el vino, el aceite y las conservas estaban en la casa. Pero era preciso que la cocinera llegara con ellos a fin de mes, so pena de añadir dinero de su bolsillo. En cuanto a Marta, nada tenía; Mouret la dejaba completamente sin un céntimo. Veíase reducida a entenderse con Rosa, a tratar de economizar diez francos de los cien al mes. Con frecuencia no tenía calzado que ponerse. Veíase obligada a ir a su madre para pedirle prestado el dinero de un sombrero o de un vestido.

—¿Pero se ha vuelto loco Mouret?—gritaba madame Rougon.—No es posible que vayas desnuda. Yo le hablaré.

—Se lo ruego a usted, mamá, no lo haga—respondía Marta.—El la detesta a usted. Aun me trataría peor, si supiera que le cuento a usted estas cosas.

Lloraba y añadía:

—Le he defendido mucho tiempo, pero hoy no tengo ya fuerzas para callarme... Recuerde usted cuando no quería siquiera que yo pusiese el pie en la calle. Me encerraba, usaba de mí como una cosa. Ahora, si se muestra tan duro, es porque ve muy bien que me le he escapado y que ya nunca consentiré en ser su criada. Es un hombre sin religión, un egoísta, un desalmado.

—Pero ¿no te pega, al menos?

—No, pero todo llegará. Por ahora se limita a negármelo todo. Hace cinco años que no he comprado camisas. Ayer le enseñé las que tengo; están todas gastadas, y tan llenas de remiendos, que me da vergüenza llevarlas. Las miró, las tocó y me dijo que podían tirar muy bien hasta el año que viene... No tengo un céntimo mío; he de llorar para que me dé un franco. El otro día, tuve que pedir dos sueldos a Rosa para comprar hilo.

He tenido que zurcir los guantes, que estaban rotos por todas partes.

Y refería otros veinte detalles; los puntos que ella misma daba a sus botinas con hilo untado con pez; los lazos que lavaba con té para renovar sus sombreros; la tinta que ponía sobre los deslucidos pliegues de su único traje de seda, para tapar su vejez. Madame Rougon la compadecía, exhortándola a la rebelión. Mouret era un monstruo. Llevaba la avaricia, decía Rosa, hasta contar las peras del granero y los terrones de azúcar del aparador, vigilando las conservas, y comiéndose él mismo los mendrugos de pan de la víspera.

Marta padecía, sobre todo, por no poder dar en las colectas de San Saturnino; escondía monedas de diez sueldos en pedacitos de papel, que guardaba como oro en paño, para la misa mayor de los domingos. Ya, cuando las damas patrocinadoras de la Obra de la Virgen ofrecían algún regalo a la catedral, un copón, una cruz de plata, un estandarte, Marta se sentía llena de vergüenza; esquivaba a las señoras, fingiendo que ignoraba su proyecto. Las señoras la compadecían mucho. Marta habría robado a su marido, si hubiera encontrado la llave del vargueño, de tanto como la torturaba la necesidad de adornar aquella iglesia tan querida. Desgarrábanle las entrañas unos celos de mujer engañada, cuando el Padre Faujas se servía de un cáliz donado por madame de Condamín; al paso que, cuando aquél decía misa sobre el paño de altar que ella había bordado, sentía una alegría inmensa, rezando entre escalofríos, como si algo suyo se hallara bajo las ensanchadas manos del cura. Marta hubiera querido que le perteneciese una capilla entera; soñaba emplear una fortuna en ella, encerrarse allí y recibir a Dios en su casa, para ella sola.

Rosa, que recibía sus confidencias, se ingeniaba para buscarle dinero. Aquel año, hizo desaparecer las frutas más hermosas del jardín y las vendió; también quitó del granero un montón de muebles viejos, de modo que acabó por reunir una suma de trescientos francos, que entregó triunfalmente a Marta. Esta besó a la vieja cocinera.

—¡Ah, qué buena eres!—dijo tuteándola.—Pero... ¿estás segura de que él no ha visto nada? El otro día estuve viendo en la calle de los Orfebres, unas vinajeritas de plata cincelada, muy monas; cuestan doscientos francos... Tú me vas a hacer un favor, ¿verdad? No quiero ir yo misma a comprarlas, porque podrían verme entrar. Di a tu hermana que vaya por ellas; que las traiga de noche, y te las entregue por la ventana de la cocina.

La compra de las vinajeras fué para ella una intriga prohibida, en la que experimentó inmensos goces. Las guardó durante tres días, en el fondo de un armario, escondidas detrás de unos montones de ropa blanca; y, cuando las entregó al Padre Faujas, en la sacristía de San Saturnino, temblaba, balbuceaba. El cura la regañó amistosamente. No le gustaban los regalos, hablaba de dinero con el desdén de un hombre fuerte, que no siente necesidades sino de poder y de dominio. Durante sus dos primeros años de miseria, aun en los días en que su madre y él vivían a pan y agua, no había pensado nunca en pedir prestado diez francos a los Mouret.

Marta encontró un escondrijo seguro para los cien francos que le quedaban. Ella también se volvía avara; calculaba el empleo del dinero, y quería comprar cada mañana una cosa nueva. Mientras estaba vacilando, le dijo Rosa una maña-

na que madame Trouche le quería hablar en secreto. Olimpia, que aun se pasaba horas y horas en la cocina, se había hecho amiga íntima de Rosa, a la cual pedía con frecuencia dos francos, para no tener que subir al segundo piso, los días en que decía habersele olvidado el portamonedas.

—Suba usted a verla—añadió la cocinera.—Estarán ustedes mejor para hablar... Son buenas personas y quieren mucho al señor párroco. Han pasado muchos apuros, muchos. Parte el corazón lo que me ha contado la señora Olimpia.

Marta halló a Olimpia hecha una Magdalena. Eran demasiado buenos, y siempre habían abusado de ellos; y entró en explicaciones sobre sus asuntos de Besançon, en donde la pillería de un socio les había echado encima pesadas deudas. Lo peor era que los acreedores se enfadaban. Acababa de recibir una injuriosa carta, en la cual le amenazaban con escribir al alcalde y al Obispo de Plassans.

—Yo estoy pronta a sufrirlo todo—añadió sollozando.—Pero daría la vida porque mi hermano no se viese comprometido... Ya ha hecho demasiado por nosotros; no quiero hablarle de nada, porque no es rico y le atormentaría en vano... ¡Dios santo! ¿Qué hacer para impedir que ese hombre escriba? Sería morir de vergüenza que llegara una carta semejante a la alcaldía o al obispado. Sí; conozco a mi hermano, y se morirá.

Entonces, los ojos de Marta se llenaron también de lágrimas. Estaba palidísima, y estrechaba las manos de Olimpia. Después, sin que ésta le pidiese nada, le ofreció sus cien francos.

—Poco es, desde luego. Pero si pudiera conjurar el peligro...—dijo con ansiedad.

—Cien francos, cien francos—repetía Olimpia.—No, no; no se contentaría con tan poca cosa.

Marta se desesperó. Juraba que no poseía más. Llegó a hablar de las vinajeras. De no haberlas comprado, habría podido darle trescientos francos. Los ojos de madame Trouche se iluminaron.

—Trescientos francos es precisamente lo que pide—dijo,—habría usted hecho mayor servicio a mi hermano no haciéndole ese regalo, que por otra parte se quedará en la iglesia. ¡Qué cosas tan lindas le regalaban las señoras de Besançon! Y sin embargo, no es hoy más rico que antes. No dé usted nada más, que es un robo. Consúlteme usted a mí. ¡Hay tantas miserias ocultas! No, cien francos no bastarán.

Al cabo de media hora larga de lamentos, cuando vió que Marta no tenía realmente más que cien francos, acabó por aceptarlos.

—Voy a mandarlos para hacer esperar a ese hombre—murmuró.—Pero no nos dejará en paz mucho tiempo... Y sobre todo, se lo ruego a usted; no hable de esto a mi hermano. Se morirá... También es mejor que mi marido ignore estas cosas; es tan orgulloso, que haría tonterías para pagar a usted. Entre mujeres se entiende una mejor.

Marta se sintió muy dichosa al hacer aquel préstamo. Desde entonces tuvo un nuevo desvelo; apartar del Padre Faujas, sin que éste lo sospechara, el peligro que le amenazaba. Con frecuencia subía a casa de los Trouche y pasaba horas enteras con Olimpia, buscando el medio de pagar todas las deudas. Olimpia le había contado que muchos pagarés estaban garantizados por el cura, y que el escándalo sería enorme si llegaran a ser entregados a un procurador de Plassans. La cifra de las deudas era tan crecida, según ella, que estuvo mucho tiempo negándose a decirla y llorando más fuerte cuando Marta la instaba. Por fin, un

día, habló de veinte mil francos. Marta se quedó helada. Nunca encontraría veinte mil francos. Con los ojos fijos, pensaba que tendría que esperar a la muerte de Mouret, para disponer de semejante suma.

—Digo veinte mil francos a ojo—se apresuró a añadir Olimpia, a quien asustó su grave semblante.—Pero nos contentaríamos con poder pagarlos en diez años, en pequeños plazos. Los acreedores esperarían cuanto se quisiera, si supieran que iban a cobrar con regularidad... Es muy triste que no encontremos una persona que tenga confianza en nosotros y que nos haga los pocos adelantos necesarios.

Este era el tema habitual de su conversación. Olimpia hablaba también a menudo del Padre Faujas, a quien parecía adorar. Contaba a Marta íntimas particularidades del cura; éste tenía cosquillas, no podía dormir del lado izquierdo; tenía en el hombro derecho un lunar que se ponía colorado en mayo, como un fruto natural. Marta sonreía, sin cansarse nunca de estos detalles; preguntaba a la joven acerca de su infancia y de la de su hermano. Después, cuando volvían a hablar de dinero, se mostraba como loca por su impotencia; llegaba a quejarse amargamente de Mouret, a quien Olimpia, envalentonada, acabó por no llamar ya delante de ella más que "el viejo roñoso". A veces, cuando Trouche volvía de la oficina, las dos mujeres estaban aún allí, charlando; se callaban y cambiaban de conversación. Trouche se mantenía en actitud digna. Las damas patrocinadoras de la Obra de la Virgen, estaban muy contentas de él. No se le veía en ningún café de la ciudad.

Entre tanto, Marta, para acudir en auxilio de Olimpia, que hablaba algunos días de tirarse por la ventana, indujo a Rosa a llevar a casa de un

ropavejero todas las cosas inútiles abandonadas por los rincones. Al principio las dos mujeres eran tímidas; no quitaban, durante las ausencias de Mouret, más que las mesas, y las sillas desvenecijadas; después, la emprendieron con objetos mejores, y vendieron porcelanas, joyas, todo lo que podía desaparecer sin dejar un hueco demasiado grande. Estaban en una pendiente fatal; habrían acabado por llevarse los muebles grandes y por no dejar sino las paredes, si Mouret no hubiera tratado a Rosa un día de ladrona, amenazándola con el comisario.

—¡Yo ladrona, señor!—había gritado la vieja— ¡Mire usted lo que dice!... Todo porque me ha visto usted vender una sortija de la señora! Era mía la sortija; la señora me la había dado, porque no es tacaña como usted. ¿No le da a usted vergüenza dejar a su pobre mujer sin un céntimo? No tiene siquiera zapatos que ponerse. El otro día yo pagué la lechera... Pues sí; he vendido su sortija ¿Y qué? ¿No es suya la sortija? Bien puede convertirla en dinero, ya que usted se lo niega todo... Y yo vendería la casa, ¿lo oye usted? La casa entera. Me da mucha pena verla ir desnuda como un San Juan.

Mouret entonces ejerció una vigilancia extremada; cerró los armarios y guardó las llaves. Cuando Rosa salía, le miraba las manos con desconfianza; le palpaba los bolsillos si creía observar algún bulto sospechoso bajo sus faldas. Compró de nuevo en casa del ropavejero del mercado algunos objetos que colocó en su sitio, limpiándolos, cuidándolos con afectación delante de Marta, para recordarle lo que llamaba "los robos de Rosa". A ésta no la atacaba nunca directamente. Sobre todo, la torturó con una jarra de cristal tallado, vendida en veinte sueldos por la cocinera. Esta, que decía

haberla roto, tenía que sacarla a la mesa, a cada comida. Una mañana, al servir el desayuno, exasperada, la dejó caer delante de él.

—Ahora, señor, está bien rota, ¿verdad?—le dijo riéndosele en las barbas.

Y al despedirla Mouret:

—¡En seguidita!... Hace veinticinco años que le sirvo, señor... La señora se irá conmigo.

Marta, puesta en el disparador, aconsejada por Rosa y por Olimpia, se sublevó al fin. Necesitaba indispensablemente quinientos francos. Hacía ocho días que Olimpia sollozaba, pretendiendo que si no tenía quinientos francos a fin de mes, uno de los pagarés garantizados por el Padre Faujas "iba a ser publicado en un periódico de Plessans". El pagaré publicado, aquella espantosa amenaza que no se explicaba claramente, espantó a Marta y le decidió a osarlo todo. Por la noche, al acostarse, pidió los quinientos francos a Mouret; después, como éste la mirase estupefacto, ella le habló de sus quince años de abnegación, de los quince años pasados por ella en Marsella, detrás de un mostrador, con la pluma en la oreja, los mismos que su dependiente.

—Hemos ganado juntos el dinero—dijo.—Es de los dos. Quiero quinientos francos.

Mouret salió de su mutismo con extrema violencia. Toda su cólera charlatana apareció de nuevo.

—¡Quinientos francos!—gritó.—¿Son para tu párroco?... Ahora me hago el tonto y me callo, porque tendría mucho que decir. Pero no creáis que os burlaréis de mí hasta el final... ¡Quinientos francos! ¿Por qué no la casa? ¡Es verdad que la casa es suya ya! Y quiere dinero, ¿verdad? ¿Te ha dicho que me pidas dinero? ¡Cuando pienso que estoy en mi casa como en un bosque! Acaba-

rán por robarme el pañuelo del bolsillo. Apuesto a que si subo a revolver su cuarto, encontraré todas mis cosas en sus cajones. Me faltan tres calzoncillos, siete pares de calcetines, cuatro o cinco camisas; ayer hice la cuenta. Ya nada es mío; todo desaparece, todo se va... No, ni un céntimo ni un céntimo, ¿te enteras?

—Quinientos francos; la mitad del dinero me pertenece—repitió Marta.

Durante una hora, Mouret tronó, espoleándose a sí mismo, cansándose con gritar veinte veces el mismo reproche. Ya no conocía a su mujer; ésta le amaba antes de la llegada del cura, le escuchaba, se tomaba interés por la casa. Preciso era que los que la impulsaban contra él fuesen unos malvados. Después se le quebró la voz, se dejó caer en un sillón, destrozado, débil como un niño.

—¿Me das la llave del vargueño?—preguntó Marta.

Mouret se levantó poniendo toda su fuerza en un grito supremo.

—¿Quieres tomarlo todo, ¿verdad? ¿Abandonar a tus hijos sobre paja, no dejarnos ni un pedazo de pan? Pues bien, tómalo todo; llama a Rosa para que se llene el delantal. Toma, ahí tienes la llave.

Y le tiró la llave, que Marta escondió bajo la almohada. Estaba palidísima por la riña, la primera violenta que tenía con su marido. Se acostó; él pasó la noche en el sillón. A la madrugada, Marta le oyó sollozar. Le hubiese devuelto la llave, de no haber bajado él al jardín como un loco, aunque aun era de noche.

La paz pareció restablecerse. La llave del vargueño quedaba colgada de un clavo, junto al espejo. Marta, no acostumbrada a ver juntas grandes cantidades, sentía por el dinero una especie de

miedo. Al principio se mostró muy discreta, avergonzada cada vez que abría el cajón, en el que Mouret tenía siempre unos diez mil francos en dinero, para sus compras de vino. Marta tomaba estrictamente lo que le hacía falta. Por otra parte, Olimpia le daba excelentes consejos; puesto que ya tenía la llave, debía mostrarse económica. Al verla temblorosa delante del "gato", llegó a estar algún tiempo sin hablarle de las deudas de Besançon.

Mouret volvió a caer en un sombrío silencio. Había recibido un nuevo golpe, más violento aún que el primero, cuando la entrada de Sergio en el seminario. Sus amigos de la carrera Sauvaire, los pequeños rentistas que daban con regularidad un paseito de cuatro a seis, empezaban a preocuparse en serio cuando le veían llegar, con los brazos caídos y atontado aspecto, sin responder apenas, como invadido por un mal incurable.

—Decae, decae—se decían.—A los cuarenta y cuatro, es inconcebible. Acabará por perder la chaveta.

Mouret parecía no comprender las alusiones que perversamente arriesgaban delante de él. Si le preguntaban directamente por el Padre Faujas, se ruborizaba un tanto, respondiendo que era un buen inquilino que pagaba con exactitud. A espaldas suyas, los pequeños rentistas se reían, sentados al sol en algún banco de la carrera.

—No tiene más que lo que se merece, al fin y al cabo—decía un antiguo comerciante en almen-dras.—Recuerden ustedes cuán entusiasmado estaba con el cura; él era el que le elogiaba a los cuatro vientos. Hoy, cuando habla de él, pone una cara muy singular.

—Sea como sea—continuaba a media voz un

curtidor retirado,—Mouret no tiene agallas. Yo ya habría tirado al cura por el balcón.

Y todos declaraban, efectivamente, que Mouret no tenía agallas; él, que tanto se había burlado de los maridos manejados por las mujeres.

En la ciudad, tales calumnias, a pesar de la insistencia con que algunos querían divulgarlas, no salían de un círculo pequeño de ociosos y de habladores. Si el cura, negándose a ir a la casa parroquial, se había quedado en la de los Mouret, no podía ser, como él decía, más que por cariño a aquel hermoso jardín, en el que tranquilamente leía su breviario. Su gran piedad, su vida rígida, su desprecio a las coqueterías que se permiten los curas, le hacían superior a toda sospecha. Los miembros del Círculo de la Juventud acusaban al Padre Fénil de querer perderle. Por otra parte, toda la ciudad nueva le pertenecía. Ya no tenía en contra más que al barrio de San Marcos, cuyos nobles habitantes se mantenían reservados cuando le hallaban en los salones de Monseñor Rousselot. No obstante, el cura movía la cabeza cuando la vieja madame Rougon le decía que todo podía osarlo.

—No hay nada sólido aún—le decía.—No domino a nadie. Una paja bastaría para derrumbar todo el edificio.

Marta le inquietaba hacía algún tiempo. Se sentía impotente para calmar aquella fiebre de devoción que la devoraba. La dama se le escapaba, desobedecía, llegaba más allá de lo que él hubiera querido. Aquella señora tan útil, aquella respetada matrona, podía perderle. Había en ella una llama interior que la destrozaba, que le ennegrecía la piel, que le hinchaba los ojos. Era como una enfermedad creciente, un enloquecimiento del ser entero, que iba invadiendo poco a poco el cere-

bro y el corazón. Su rostro se anegaba en éxtasis, sus manos se tendían con temblores nerviosos. A veces una tos seca la estremecía de pies a cabeza, sin que ella pareciera sentirla. Y él se mostraba más duro, rechazando aquel amor que se ofrecía, prohibiéndole que fuese a San Saturnino.

—La iglesia está helada—decía.—Tose usted demasiado. No quiero que se agrave usted.

Ella aseguraba que no era nada, una sencilla irritación de la garganta. Después, se doblegaba, aceptaba aquella prohibición de ir a la iglesia, como un castigo merecido, que le cerraba la puerta del cielo. Sollozaba, se creía condenada, pasaba días vacíos; y a su pesar, como una mujer que vuelve a la ternura prohibida, cuando llegaba el viernes se deslizaba humildemente en la capilla de San Miguel, e iba a apoyar su ardorosa frente en la madera del confesonario. No hablaba, y permanecía allí, como anonadada; en tanto que el Padre Faujas, irritado, la trataba brutalmente, como a una mujer indigna. La despedía, y Marta se marchaba consolada, dichosa.

El cura tuvo miedo a las tinieblas de la capilla de San Miguel. Flizo intervenir al doctor Porquier, quien decidió a Marta a confesar en el pequeño oratorio de la Obra de la Virgen, en el arrabal. El Padre Faujas prometió esperarla allí los sábados, cada quince días. Aquel oratorio, establecido en una gran pieza blanqueada de cal, con cuatro inmensas ventanas, tenía una alegría con la cual contaba el cura para calmar la excitada imaginación de la penitente. Allí, la dominaría, la tornaría esclava sumisa, sin temer un posible escándalo. Por otra parte, para poner freno a los malos rumores, quiso que su madre acompañase a Marta. En tanto que la confesaba, madame Faujas se quedaba a la puerta. La vieja se

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" 2011

30845

ñora, que no quería perder el tiempo, se llevaba una media que iba haciendo.

—Querida hija—le decía a menudo, cuando volvían juntas a la calle Balande.—Hoy he vuelto a oír a Ovidio hablando más fuerte. ¿No puede usted contestarle? ¿No le quiere usted? ¡Ah! ¡Cómo quisiera yo estar en su lugar, para besarle los pies!... Acabaré por odiarla a usted, si no sabe hacer más que darle pena.

Marta bajaba la cabeza. Sentía vergüenza delante de madame Faujas. No la quería; tenía celos de ella; siempre la hallaba entre ella y el cura. Además, sufría bajo las negras miradas de la anciana señora, que sin cesar encontraba, llenas de recomendaciones extrañas e inquietantes.

El mal estado de la salud de Marta bastó para explicar sus citas con el Padre Faujas en el oratorio de la Obra de la Virgen. El doctor Porquier aseguraba que se limitaba a cumplir sencillamente una de sus recetas. Esta palabra hizo reír mucho a los paseantes de la Carrera.

—Así como así—dijo madame Paloque a su marido, un día en que miraba a Marta bajar por la calle Balande en compañía de madame Faujas,—me gustaría mucho estar en un rinconcito, para ver lo que hace ese párroco con su enamorada... ¡Me hace una gracia cuando habla de su catarro! Como si un catarro impidiera confesarse en una iglesia... Yo también he estado acatarrada, y no por eso he ido a esconderme en las capillas con los curas.

—Haces mal en meterte en los asuntos del Padre Faujas—respondió el juez.—Ya me han advertido. Es hombre a quien hay que tratar bien; tú eres demasiado rencorosa, e impedirás que medremos.

—¡Toma!—repuso ella con acritud.—Me han pisoteado, y me las han de pagar... Tu Padre Faujas es un imbécil de marca mayor. ¿Crees tú que no me lo agradecería el Padre Fénil, si sorprendiera yo al párroco y a su beldad diciéndose ternezas? Muy caro pagaría un escándalo semejante... Déjame a mí, que tú no entiendes de esas cosas.

Quince días más tarde, un sábado, madame Paloque acechó la salida de Marta. Estaba completamente vestida detrás de las cortinas, escondiendo su rostro de monstruo, y atisbando la calle por un agujero de la muselina. Cuando las dos mujeres hubieron desaparecido en la esquina de la calle Taravelle, la Paloque se echó a reír con la boca hendida. No se apresuró; se puso los guantes y se fué despacito por la plaza de la Subprefectura, dando un gran rodeo, y acortando el paso. Al pasar ante el hotelito de madame de Condamín, pensó un momento en subir por ella; pero quizá tuviera escrúpulos. Al fin y al cabo, valía mejor pasar sin testigos y realizar la expedición por sí sola.

—Les he dejado tiempo de llegar a los pecados mortales, y creo que ahora puedo ya presentarme—pensó después de un cuarto de hora de paseo.

Entonces avivó el paso. A menudo iba a la Obra de la Virgen para entenderse con Trouche sobre los detalles de la contabilidad. Aquel día, en vez de entrar en el despacho del empleado, cruzó el corredor, volvió a bajar, y fué directamente al oratorio. Ante la puerta, en una silla, madame Faujas hacía calceta tranquilamente. La mujer del juez había previsto el obstáculo; llegó a la puerta bruscamente, como persona atareada. Pero antes de que hubiera alargado el brazo para volver el pomo, la anciana, que se había levantado, la echó a un lado con vigor extraordinario.

—¿Dónde va usted?—le preguntó con su rudo acento de aldeana.

—Donde necesito—respondió madame Paloque con el brazo dolorido y el rostro convulso de cólera.—Es usted insolente y brutal... Déjeme pasar. Soy tesorera de la Obra de la Virgen, y tengo aquí derecho a entrar en todas partes.

Madame Faujas, en pie, recostada en la puerta, se había puesto bien los lentes, y volvió a su calceta con la más hermosa sangre fría del mundo.

—No—dijo rotundamente.—No entrará usted.

—¡Ah! ¿Y por qué, si puede saberse?

—Porque yo no quiero.

La mujer del juez vió que le había fallado el golpe; la bilis le ahogaba. Se puso espantosa, tartamudeando repitiendo:

—No la conozco a usted, ni sé qué hace usted aquí; podría gritar y hacerla prender, porque usted me ha pegado. Preciso es que ocurran muy feas cosas detrás de esa puerta, para que esté usted encargada de impedir que entren las personas de la casa. Yo soy de la casa, ¿oye usted? Déjeme pasar, o voy a llamar a todo el mundo.

—Llame usted a quien quiera—dijo la vieja encogiéndose de hombros.—Le he dicho que no entrará usted porque yo no quiero, y basta... ¿Sé yo si es usted de la casa? Además, aunque así fuera, me da lo mismo. Nadie puede entrar. Es cosa mía.

Entonces madame Paloque perdió la calma; elevó la voz y gritó:

—No necesito entrar. Me basta. Estoy edificada. Usted es la madre del Padre Faujas, ¿verdad? Bien, bonito está; ejerce usted un lindo oficio. No, no entraré, no quiero meterme en esas inmundicias.

Madame Faujas, dejando la calceta sobre la si-

lla, la miraba al través de los lentes, con sus poderosos ojos, algo encorvada, extendidas las manos, como dispuesta a lanzarse sobre ella, para hacerla callar. Iba ya a hacerlo así, cuando la puerta se abrió bruscamente y el Padre Faujas apareció en el dintel. Estaba de sobrepelliz; su aspecto era de severidad.

—¿Qué es esto, madre? — preguntó. — ¿Qué ocurre?

La anciana bajó la cabeza y retrocedió como un perro que se mete entre las piernas de su amo.

—¿Es usted, querida madame Paloque?—continuó el cura.—¿Deseaba usted hablarme?

La mujer del juez, con un esfuerzo supremo de voluntad, se había puesto sonriente. Respondió con acento terriblemente amable, con agudo sarcasmo:

—¡Cómo! ¿Estaba usted ahí, señor párroco? De haberlo sabido no habría porfiado. Quería ver el paño del altar que no debe de estar ya muy limpio. Ya sabe usted que yo cuido aquí de los pequeños detalles. Pero puesto que está usted ocupado, no quiero molestarle a usted. Siga, siga usted; la casa es suya. La señora no tenía más que decir una palabra, y yo la habría dejado velar por la tranquilidad de usted.

Madame Faujas dejó escapar un gruñido. Una mirada de su hijo la calmó.

—Entre usted—se lo ruego—dijo el cura.—No me molesta usted en modo alguno. Confesaba a madame Mouret, que está algo enferma... Entre. El paño del altar tendrá que cambiarse efectivamente.

—No, no, volveré—repitió.—Siento muchísimo haberle interrumpido. Continúe, continúe, señor cura.

Sin embargo, entró. Mientras miraba con Marta

el paño del altar, el cura riñó a su madre en voz baja.

—¿Por qué le ha detenido usted, madre? No le he dicho a usted que guardara la puerta.

La vieja miraba fijamente hacia adelante, con aire de animal testarudo.

—Antes de entrar habría pasado por cima de mi cuerpo—murmuró.

—¿Pero por qué?

—Porque... Escucha, Ovidio, no te enfades; ya sabes que me matas cuando te enfadas. Me habías dicho que acompañara aquí a la casera, ¿verdad? Pues bien; yo creí que me necesitabas por culpa de los curiosos. De modo que me he sentado ahí. ¡Oh! Te respondo que erais libres de hacer lo que quisierais; nadie hubiera metido la nariz ahí dentro.

El cura comprendió, y le cogió las manos, sacudiéndolas y diciendo:

—¿Cómo, madre? ¿Ha podido usted suponer...?

—¡Oh! No he supuesto nada—respondió ella con sublime indiferencia.—Eres dueño de hacer lo que te plazca, y cuanto haces está bien hecho; mira, eres mi hijo... Yo robaría por tí... y nada más.

Pero él no la escuchaba ya. Había soltado las manos de su madre, y la miraba como perdido en reflexiones que tornaban su rostro más austero y más duro.

—No, jamás, jamás—dijo con áspero orgullo.—Se equivoca usted, madre... Los hombres castos son los únicos fuertes.

XVI

A los diez y siete años, Deseada seguía riendo con su inocente risa. Estaba hecha una guapa moza, muy gruesa, con brazos y hombros de mujer ya formada. Crecía como una planta fuerte, dichosa por crecer, indiferente a la desgracia que vaciaba y llenaba de sombras la casa.

—No te ríes—decía a su padre.—¿Quieres jugar a la comba? Eso sí que es divertido.

Se había apoderado de un cuadro entero del jardín; en él cavaba, plantaba legumbres, regaba. Los trabajos pesados eran su alegría. Después, había querido tener gallinas, que se le comían las legumbres; gallinas a quienes reñía con ternizas de madre. En aquellos juegos, entre la tierra, en medio de los animales, se ensuciaba horrorosamente.

—Está hecha una verdadera rodilla — gritaba Rosa.—No quiero que entre en la cocina, porque la ensucia toda... Vaya, señora, que es usted muy tonta al vestirla bien; yo la dejaría que se revolcara a sus anchas.

Marta, en el trastorno que invadía su ser, acabó por no cuidar siquiera de que Deseada cambiase